

# El señor que tocaba el acordeón

Maricela Moreno Oviedo

**E**ra el último viaje; el burro ya estaba cansado, lo noté en su paso lento y en la forma como bajaba la cabeza. Llevar la carga todos los días del pozo a la casa en seis viajes de agua se había convertido en mi gran oficio. La abuela me repetía que no podía dejar un tanque vacío. No me molestaba, en el pozo siempre me encontraba a los muchachos de la escuela y nos gustaba jugar con el agua; pero en esos días, algo se robaba mi atención, andaba como atolondrado, al menos eso decía mi abuela.

El primer lunes de febrero de ese año que marcó mi vida, un señor, negro como el carbón, alto, elegante, con ropa de paño y un sombrero vueltiao, había llegado a la finca. Traía una maleta de madera y, en sus hombros, un acordeón. Yo nunca había visto uno. La profesora Marina me dijo que es un instrumento musical que se ha hecho conocer en la región, luego de un fascinante duelo en que



Óleo de Jhon Peñaloza

Francisco “El hombre” luchó con el diablo, en medio de una carretera desolada de la Guajira, y que ganó cantando el credo al revés. También, me dijo la profe, que al ritmo del acordeón, la caja y la guacharaca, es como nacen los vallenatos.

—¿Vallenatos, profe? Esa palabra nunca la había escuchado, me suena como a ballena. ¿Vallenatos? ¡Qué palabra tan rara!

—No es rara, Luis Manuel, si vas al Valle del cacique Upar, verás que allá sí la conocen, me respondió ella.

—Profe, pero eso queda tan lejos, hay que cruzar el río, montar cinco días en caballos, y me dice mi abuela que uno se puede perder en el camino y que mucha gente que se va pa’ allá, nunca regresa.



La finca de la abuela Corina

En ese entonces vivíamos mi abuela Corina y yo con dos empleados. Casi nunca recibíamos visitas, pero esa vez el señor negro que fumaba Pielroja y hablaba con voz de trueno, llevaba varios días en la finca. En las mañanas, se levantaba temprano, cogía el aparato y empezaba a mover los dedos, presionando los botones blancos a la par que sus manos movían el acordeón; entonces, se escuchaba un sonido en toda la finca. Al principio me asustaba, pero luego me empezó a gustar, pues tenía un ritmo contagioso... como si fuera, más que música, magia.

El hombre y yo nos hicimos amigos. Él me contaba cosas de su vida. Una vez me dijo que había dejado a su familia, su trabajo en una gran hacienda, y a sus amigos, y se había dedicado a andar de correduría por

todos los pueblos de la región: animaba las fiestas patronales, cumpleaños, matrimonios y corralejas. Porque tocar el acordeón, me dijo él, le salía del alma, le cruzaba con fuerza el corazón y le llenaba la vida de pasión... "Esto es parte de lo que soy".

Luego yo les conté a mis amigos todo lo que él me había dicho, sus historias en pueblos lejanos, sus amores y ese viaje que tanto quería hacer al Valle de Upar. Algunos no me creyeron y hasta me llamaron loco, así que los invité a mi casa. El viernes sería el día.

Esa mañana, de la que recuerdo cada detalle, el sol brilló con toda su intensidad, pero la tímida lluvia apagó su resplandor y el día se tornó opaco. Las vacas pastaban silenciosas, mi abuela se había levantado más temprano que de costumbre y yo no escuchaba el acordeón. Me bañé y fui a buscar a mis amigos.

Camino a la finca, veníamos tirando piedras y todos me preguntaban cómo era ese aparato, yo les decía que se parecía a la máquina de escribir que tenía la profe en su casa. Ellos me miraban incrédulos.

Llegamos y me fui corriendo emocionado a buscar al hombre

negro; pero no estaba, entonces le pregunté a mi abuela:

—¿Dónde está el señor del acordeón?

—¿Cuál señor, Luis Manuel, de quién hablas?

—Abuela, del señor que todas las mañanas toca el acordeón.

Mi abuela me miró con ojos extraños, se quedó callada por un momento y se fue para la cocina. Yo corrí detrás de ella y mis amigos detrás de mí. Cuando entré, en medio del humo que salía de la hornilla vi, en el taburete viejo y cojo donde la abuela me daba el desayuno, el acordeón.

—¡Abuela, mira el acordeón! Es del señor que se está quedando aquí.

Mi abuela se agachó un poco para mirarme directamente a los ojos, me tomó de la mano y me dijo con voz pausada.

—Luis..., ese acordeón se lo encontró Jacinto hace quince días en el corral, nadie lo ha tocado, porque no sabemos ni cómo funciona... Tú te has quedado mirándolo por horas y ni pones atención cuando se te habla.

Algo de tristeza se apoderó de mí en ese momento; mis amigos me miraban con ganas de reírse, pero

ninguno dijo nada. Yo me acerqué al acordeón, lo cogí y descubrí lo que decía al lado de los botones blancos. La poca luz de la cocina y el humo insistente no me dejaban ver las letras, así que salí al patio. En letras plateadas leí un nombre: Alejandro Durán Díaz.

Meses después, la profe Marina nos mostró un periódico. Era la primera vez que mirábamos uno. Cuando fue mi turno, me quedé paralizado. La foto del hombre extraño estaba en el periódico, tenía en sus manos el mismo acordeón que Jacinto había encontrado en el corral. Arriba de la foto decía en letras grandes:

“Alejandro Durán Díaz, primer rey del Festival de la Leyenda Vallenata”

Maricela Moreno Oviedo. La historia que le da vida a este relato nació luego de un recorrido por cinco lugares de la costa Atlántica, tras las huellas de Alejandro Durán, el gran juglar vallenato, tema del trabajo de grado para optar al título de periodista. El cuento fue finalista en el Tercer Concurso Nacional de Cuento RCN y Ministerio de Educación Nacional en el año 2009.